



*Una Navidad
en
Edimburgo*

Iris Vermeil

UNA NAVIDAD EN EDIMBURGO

Iris Vermeil

Título: Una Navidad en Edimburgo
Copyright 2018 – Iris Vermeil
Primera edición, diciembre 2018.

Todos los derechos reservados Quedan prohibidos dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción creada únicamente por el autor, y aunque se ha buscado información y se han introducido algunas costumbres, no pretende ser una guía de turismo de la ciudad, ni un reflejo de la vida de los escoceses. Cualquier parecido con otras personas, así como, lugares y situaciones son pura coincidencia.

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

Epilogo

Prólogo

Se oyen campanas a lo lejos, tocarán doce veces para dar paso al día de Navidad. Entre sonido y sonido miro a Declan, está desapareciendo, como borrándose.

—¿Declan? —le toco pero le traspaso cual espíritu-, no te vayas... —lloro-, no...

—Ada... -se mira las manos incrédulo-, Ada, jamás te olvidare...

—Tienes que saber que yo...

—Me he enamorado de ti —decimos a la vez.

1

—...Y fíjate bien en qué puerta de embarque es, que tu tía se equivocó, y acabó en el Cairo, y no en París.

—Sí —rio al recordar aquella vieja historia.

—Y cuando llegues allí llámame ¿eh?.

—Sí, claro.

—¿Le has puesto el candado a la maleta? ¿Te has llevado los calcetines de repuesto? ¿Y la camiseta térmica?

—¡¡Qué sí, mamá!! —exclamo—. Lo llevo todo, he repasado el equipaje veinte veces. Te dejo, ya he llegado al aeropuerto.

—Vale, que tengas buen viaje, te quiero hija.

—Y yo a ti —hago el sonido de un beso en el altavoz del móvil y cuelgo.

—Cuarenta y siete con veinte.

Oh Dios, cómo me ha dolido el sablazo del taxi.

—Aquí, tiene —le entrego el dinero al buen hombre.

Bajo del auto, miro hacia el edificio de cristal y mis ojos se desvían hacia la derecha. ¿Qué veo? Un avión subir al cielo con fuerza y volar hasta perderse entre las nubes blanquecinas. Respiro hondo y me emociono sólo con pensar que en unas horas estaré allí arriba rumbo a Edimburgo.

Me dirijo a pasar los controles de seguridad, pongo varios objetos como mi reloj y mi bolso en la bandeja y, seguidamente, hago lo mismo con la maleta de mano. Paso sin problema por el detector de metales y espero hasta que me devuelven mis pertenencias. Como he llegado antes de tiempo, me doy una vueltecita por las tiendas y ojeo libros, perfumes... De vez en cuando observo las puertas de embarque y las horas de los vuelos en las pantallas hasta que me cercioro que ya ha salido el mío. Bien, puerta C a las 16:30. Lo tengo controlado. Me suenan las tripas, miro el reloj son las tres. ¡Pero si ya comí a la una! Veo una cadena de comida rápida y mi estómago me dice que por comer dos veces un día no pasa nada y más cuando hay una hamburguesa de dos pisos con patatas como imagen en la puerta, sumado a la rica olor que desprende el local.

Pido y me dispongo a comer en un taburete observando la terminal cuando me suena el móvil. ¡¡¡Mierda!!!

—¿Otra vez tú?

—Por favor, no me cuelgues Ada.

—¿Qué quieres, Diego?

—Que no te marches a Edimburgo.

—Mira, creo que ya quedó claro que entre tú y yo ya no hay nada.

—No me puedes dejar solo con el negocio.

—Claro que sí, yo sólo soy una empleada más, bueno, era.

—Sé que cometí un error al acostarme con Penélope pero créeme que te sigo queriendo.

—Bla, bla, bla. Que sí, que paso de ti. No me llames más –cuelgo.

Respiro hondo.

Desearía encontrar un hombre decente, caballeroso y galán como los de antes. ¡Los de pelo en pecho, coño!

Me llamo Ada, tengo veintiocho años y soy periodista. Trabajaba en la redacción de una conocida revista de modas. Diego, el jefe de ésta, fue mi novio durante casi cuatro años. Dejé tanto a él como el trabajo que ejercía en el instante en que entré por la puerta de su despacho y vi a su secretaria debajo de la mesa haciéndole una felación.

—*Que hija de puta la Penélope* –murmuro con asco comiéndome una patata frita.

Diego es muy mujeriego, lo sé. Se le iban los ojos detrás de todas las modelos que contrataba. No me quise dar cuenta ¿por qué el amor te vuelve idiota? Pero Penélope era mi amiga, almorzábamos juntas cada mediodía, nos explicábamos nuestras preocupaciones en el gimnasio, salíamos de compras y lo peor es que está casada. Yo llevo cuernos de cabra pero su marido deberá parecer un alce.

Estoy muy ilusionada con este viaje y ni Diego ni nadie me lo va a estropear. Ir a Edimburgo es un sueño que quería cumplir desde hace mucho, mucho tiempo y por estar siempre al lado de mi familia en Navidad jamás lo he hecho. Así que, es tiempo de mirar por mí. Por ello estoy aquí, un veinte de Diciembre a la espera de realizarlo con ganas.

Sentada al lado de la ventana respiro aliviada al saber que ya me he montado en el avión y en cuestión de minutos va a despegar. Estoy algo nerviosa, hace bastante que no lo cojo. No os creáis que ha sido fácil llegar hasta aquí, veréis, cuando estaba segura que mi puerta de embarque era la C he mirado la pantalla de casualidad y ponía D, ya me veis corriendo con la

maleta de mano arrastras. Pero esto no es todo, no sé quien narices controla eso puesto que la han cambiado tres veces más. Ahora, antes de entrar al avión nos han avisado que ya no caben más equipajes en la cabina y me han hecho facturarla. ¿He dicho antes que nada me va a estropear este viaje? Pues eso, que he intentado tranquilizarme y rezar porque estas tres horitas que me esperan se me pasen amenas y no haya ningún niño pequeño lloriqueando ni nadie que me moleste. Quiero disfrutar de las vistas y sentir poco a poco cómo llego a una tierra que amo por no sé qué razón, ya que, mi familia es de Jaén y yo resido en Madrid. Es decir, no hay ningún lazo que me una directamente a Escocia pero es imaginarme allí y llenarme de unas sensaciones indescriptibles en mi interior. Quizá será su historia, su gente, su gastronomía, sus paisajes... ¿quién sabe? Yo creo firmemente que uno es de donde se siente no de donde nace. ¿Vosotros qué decís?

2

No tengo palabras para describir lo feliz que me siento al pisar Edimburgo por primera vez. ¡Hasta se me han saltado las lágrimas al ver los campos cubiertos de nieve! Y he acabado de emocionarme al oír; ¡¡señores pasajeros hemos llegado al aeropuerto de Edimburgo!! Ha sido impresionante dejar las nubes atrás y notar cómo el avión bajaba para aterrizar. Eso sí, los oídos se me han espachurrado de la presión, he notado digamos, cierta molestia por no decir que casi llamo a gritos a la azafata, pero en seguida se me ha ido el malestar.

Me identifico delante de un vigilante al salir, seguidamente espero hasta ver mi maleta por la cinta. He tenido suerte y pronto la recojo. Se nota mucho el cambio de temperatura de Madrid, que ya era baja, a la de Edimburgo y voy al servicio para ponerme un jersey de lana más grueso. Piso la calle dispuesta a coger un taxi. ¡Dios, qué frío! El aire es helado pero voy muy preparada. Anorak beige, guantes rojos, bufanda a juego, gorro estampado y botas negras forradas de pelo por dentro.

Subo al taxi y le indico la dirección de mi hotel. Sé hablar en inglés, me defiende bien por suerte. Observo las calles iluminadas por las farolas y por la decoración navideña. ¡Fascinante! Me quedo embobada mirando de un lado a otro como una niña. ¿Puede existir algo más bonito que esto?

Media hora después, llego al hotel. Está algo retirado del centro, bueno, caminando a la *Royal Mile* son cinco minutos. Ya lo busqué tranquilo adrede, quería descansar bien por las noches para exprimir mis energías por la mañana y aprovechar los días al máximo.

Es una casa de aspecto antiguo pero muy bien decorada por dentro. Se ve limpio y confortable, con un estilo escocés bien definido. La habitación tiene moqueta, es amplia y sobria. La cama también es ancha y parece cómoda. Lo que más me agrada es el baño y la carta de jabones. Las cortinas son pesadas, de un verde a cuadros muy original.

Llamo a mi madre y le digo que he llegado bien. Ella se alegra y decido ir a cenar dando un paseo. De pronto, me llama la atención un restaurante italiano. Es de ambiente cálido y el local es pequeñito. Pienso; Voy a entrar a

ver que tal. Sí, ya sé qué estáis pensando ¿te vas a Escocia a cenar en un italiano? Para mi defensa diré que todos los locales están o por cerrar o a reventar de gente. Voy a estar aquí hasta el día de Navidad, ¡ya tendré tiempo de atiborrarme a *haggis*! Me siento en una silla y el camarero me acerca la carta.

—Gracias —sonrío.

Mientras la ojeo presiento que alguien me observa, levanto la vista y a mi derecha veo a un chico bastante atractivo que me retira la mirada ¡Wow! ¿Acabo de llegar y un escocés ya se ha fijado en una madrileña como yo? Me sale un sonrisita cuando le cazo de nuevo mirándome.

—¿Ya sabe que tomará la señorita? —pregunta el camarero.

—Sí, una pizza prosciutto con champiñones.

—¿De beber?

—Oh, agua fría está bien.

—Enseguida se lo servimos.

—Muy amable —asiento y le devuelvo la carta.

En diez minutos estoy degustándola. Ese chico me llama la atención, ahora soy yo la que le observa detenidamente cómo se toma un café. Tiene el cabello de un cobrizo oscuro, ondulado y semi-largo. Creo que sus ojos son azules o verdes, no los distingo bien desde aquí pero seguro que son claros. Lleva una barba de quizá dos o tres días. Su nariz está perfectamente perfilada y los labios son finos. Se levanta, y se dirige hacia el baño. Es un hombre con un porte alto y ancho de hombros, parece estar en muy buena forma. Ay... ¿qué tendrán los escoceses que me pierden más que los españoles? Se me escapa una risita, cualquiera que me vea pensará que estoy loca.

Doy el último bocado, bebo agua fresquita y pago al camarero que me ha atendido la mar de majo.

—Muchas gracias —me despido y salgo por la puerta.

—¡Espera! —oigo a alguien que grita.

Me giro. Es ese chico, el pelirrojo.

—Te lo has dejado —me entrega mi gorro.

—Oh, gracias —sonrío-, qué despistada.

—Mi nombre es Declan Mackintosh —me da la mano-, ¿eres de por aquí?

Vale. Nunca me he fiado de los extraños pero en este caso me voy a presentar ante el bombón.

—Ada Ibáñez —acepto su mano-, no, acabo de llegar de Madrid.

—Oh, no pareces española.

—Por mucho que cueste creer, también hay españolas que somos rubias.
Los dos nos reímos.

—¿Y todas son tan guapas como tú?

Me carcajeo más fuerte. ¿Está ligando conmigo?

—Claro, además somos mujeres de carácter —le sigo el juego—, bueno Declan, debo marcharme a mi hotel quiero descansar un poco, ha sido un placer conocerte.

Justo cuando me voy a dar media vuelta, sugiere; —Si vas a pasar unos días aquí, yo podría enseñarte la ciudad.

Me quedo callada y dudosa, no sé qué responder a eso.

—Em...

—He nacido aquí y bueno conozco todos los rincones como si fueran la palma de mi mano —insiste.

¿Enseñarme la ciudad de Edimburgo un escocés de pura cepa, buenorro y simpático?

Le sonrío ¿qué más puedo pedir?

—¡Claro, sería buena idea!

3

! El frío que ha hecho esta noche. Me levanto de la cama con ganas de quedarme un rato más pero no puedo permitirme malgastar el tiempo durmiendo. Me desperezo mientras hago un gran bostezo. Hago mis necesidades, me visto lo más deprisa que puedo para no destemplarme con ropa informal y me maquillo un poco, lo justo para verme con buena cara y me hago una coleta alta. Ha llegado el momento de bajar a desayunar, y para mi sorpresa hay ¡buffet libre!

¡Me sirvo de todo! Zumo de naranja natural junto a huevos revueltos, algunos champiñones, tomate asado, salchichas, *beans*, algo de bacon, *hash brown*, que es una masa de patata frita, también tostadas integrales con mermelada y por supuesto, *haggis* que no los he probado nunca y me apetece mucho a pesar de saber perfectamente de qué están hechos. ¿Ah, qué queréis saberlo? ¿Estáis seguros? Bueno, básicamente de asaduras de cordero u oveja; hígado, corazón, pulmón, estómago... Todo eso se mezcla con harina de avena, cebolla, hierbas y especias. Si vais a Escocia no dudéis en probarlo, está mucho más bueno de lo que suena. Entre bocado y bocado, vibra el móvil.

—Un mensaje de Declan —murmuro.

Anoche nos intercambiamos los números de teléfono para estar en contacto, la verdad es que jamás me había ocurrido algo así. Conocer un chico de buenas a primeras y llevarme una buena impresión de él... decidí arriesgarme y se lo di.

Buenos días, Ada :D ¿preparada para el primer día de excursión?

¡Preparadísima! ;) ¿por dónde empezamos?

Es una sorpresa, ¿nos vemos en veinte minutos en Grassmarket?

¡Eso está hecho! :D

Casi salgo rodando por la puerta del hotel del pedazo de desayuno que me he zampado, aunque con todo lo que pretendo andar hoy lo necesito. El aire es gélido y tiene previsto que nieve hacia el medio día ¡y eso me encanta! Estoy entusiasmada porque Declan me enseñe Edimburgo. Pronto le veo esperándome junto a una farola y me hace una señal de saludo con la mano.

—¿Cómo has pasado tu primera noche? -pregunta simpático.

—Pues como un pingüino en el polo sur.

Declan se parte.

—Eres muy graciosa.

—Suelen decírmelo ¿y bien? ¿a dónde me vas a llevar?

—Por aquí iremos a *Victoria Street* —señala-, hay muchos locales de artesanías y bares.

—Genial, vayamos a echar un ojo, eso sí, de comida no me hables que ya no me cabe más.

—Los desayunos escoceses son contundentes.

—No me extraña que seáis tan altos y fortachones.

—¿Has probado el *haggis*? —cuestiona.

—Oh, sí, no podía perdérmelo —respondo.

—¿Y qué te ha parecido?

—Estaba muy bueno, su sabor me ha traído recuerdos de la morcilla que hacía mi abuelo en el pueblo.

—¿Sabes que a mi de niño me daba asco su olor? —comenta-, mi abuela me lo metía por los ojos.

—Cosas de abuelos.

Tantas veces soñando con subir por esta calle que ahora ni me lo creo. Los adornos son preciosos y cada tiendecita de recuerdos es única y especial.

—Ahora entraremos en la *Royal Mile*, una de las calles más famosas de Edimburgo. ¿Sabes que hay decenas de callejones en ella?

—¿De verdad? Por cierto, antes de que se me olvide me gustaría ver la estatua del perrito *Bobby*.

—Claro está más abajo, al lado del cementerio de *Greyfriars*.

Cuando llegamos hasta ella, le pido que me haga una foto tocándome la nariz. A pesar de que dicen que trae buena suerte frotar la naricita de *Bobby* yo no lo hago porque se desgasta el material y debemos respetar cada monumento.

—¿Conoces la historia, cierto? —pregunta Declan.

—Sí, algo me suena ¿iba a esperar a su dueño a la tumba verdad?

—Exacto, *Bobby* fue un gran perro. De raza *Skye Terrier*, gran compañero del policía John Gray, cuando el pobre hombre murió de tuberculosis en 1858 fue enterrado allá en esa tumba ¿la ves?

—Sí, la primera —echo un vistazo rápido hacia el cementerio.

-El animal no se separó de la su tumba en catorce años, la gente le traía comida y se encariñaron con él, tanto, que cuando éste falleció le hicieron este bonito homenaje.

-Lo cuentas como si le hubieras conocido –río.

Hace una mueca y se pone algo tenso.

-¿Cómo iba a conocerle? Yo no estaba vivo.

-Es una broma –le palmeo el hombro-, es impresionante la muestra de fidelidad que dejó –miro a *Bobby*. Y ¿podemos ir al castillo de Edimburgo?

-Em... quizá otro día, hoy me he preparado una ruta y no contaba con él.

-Oh, claro, no hay problema –le quito importancia.

Durante toda la mañana Declan me explica cosas fascinantes sobre la ciudad y me lleva de arriba para abajo sin descanso ¡es un excelente guía y me lo explica todo genial!

Además, me he permitido el lujo de hacer unas cuantas compras ¡no me he podido resistir! Como por ejemplo, unas galletitas típicas escocesas de mantequilla, un tartán bien confortable para los días de invierno, una bufanda de cuadros, varios imanes de nevera, un llavero en forma de cardo escocés y una vaquita pelirroja de cerámica... ¡y ya he dado el alto, porque sino me llevo toda la tienda! También, hemos paseado por varias calles donde se han grabado series y películas inspiradas en Escocia. Hacemos una pausa y nos vamos a comer a un restaurante. Me pido el famoso *fish and chips* y él una deliciosa hamburguesa con patatas fritas.

—¿A qué te dedicas? –cuestiono con curiosidad.

—Trabajo en el museo nacional de Escocia como guía –responde después de sorber su cerveza-, ahora me han dado vacaciones de Navidad.

—Oh –comienzo a reír-, claro, ya lo entiendo, por eso se te da tan bien explicar y detallar los hechos históricos.

—Gracias, sólo es interés por mi cultura y por cómo ha evolucionado mi país –agrega.

—Suenas muy patriótico.

—Lo soy.

—Bueno pues... ya tengo una excusa para que me enseñes el museo –añado.

—¿Con quién mejor que conmigo? –dice con guasa.

—¿Conoces España? –pregunto mientras sorbo un refresco muy conocido aquí.

—No, pero me gustaría ir algún día, quizá cuando pierda el miedo a volar.

—Oh, no es para tanto. Te aseguro que merece la pena, España tiene muchísimos rincones maravillosos, por no hablar de sus playas, montañas y gastronomía.

—Siempre he oído hablar bien de ella ¿qué comida es tu favorita?

—Adoro las porras con chocolate para desayunar, la paella de marisco, los potajes caseros y la tortilla de patatas, con cebolla claro.

—Suenan riquísimo.

—Cuando vengas a Madrid, prometo hacer de guía tan bien como lo haces tú —le guiño un ojo.

—Te tomo la palabra —sonríe.

Cogemos un bus que nos deja en Dean Village, una apacible aldea muy cercana al centro de la ciudad. Me encantan las calles tan tranquilas y la forma de las casas.

—Hace mucho tiempo aquí habían fábricas con molinos de agua —comenta Declan.

—¿Es el río Leith el que pasa por acá? —señalo.

—Sí, el pequeño pueblo fue fundado por los monjes de la Abadía de *Holyrood* en el siglo XII.

—Parece un oasis, me encanta esta vegetación tan verde y fresca. El sonido del río bajando por las cascadas es realmente relajante —me asomo al muro de piedra para observar.

—Este lugar es encantador y especial, transmite algo que no eres capaz de explicar —hace una breve pausa-, al igual que tú.

Declan me clava la mirada, me encanta que me diga esas cosas ¿será que le gusto como a mi me gusta él? Sonríe tímida y veo en sus ojos sinceridad, a la luz del día me percató que son azules cristalinos pero también de que hay cierta añoranza a algo o a alguien en él pero ¿a qué?

Carraspeo la garganta.

—¿Y vives aquí solo o tienes familia? —pregunto mientras retomamos la marcha.

—Vivo solo con mi gata *Honey* en un pequeño apartamento de la *old town*, no tengo familia.

—¿No tienes a nadie? —me sorprendo.

—Sólo me relaciono con gente de mi trabajo y digamos que mis familiares directos murieron. *Honey* es la única que me hace compañía, me la encontré una noche vagando por las calles y la recogí.

—Oh pobrecilla, suerte que dio contigo.

—Quizá tenga algún familiar lejano por las *Highlands*, pero todos emigraron cuando la guerra de... -se calla de repente-, olvídale.

—Perdón, no quería ser indiscreta.

—No te preocupes, no me gusta hablar de ese tema, eso es todo.

4

—¿Qué día te marchas? —pregunta Declan mientras subimos dirección *Calton Hill* .

—La tarde del día de Navidad —paro un momento a respirar-, ¡estoy fatigada!

—Vamos, que ya falta poquísimo —me anima-, ¿estuvo bien el tour de terror de anoche verdad?

—¡No te burles de mi! —comienzo a reír-, me dio mucho miedo pero he de decir que me encantó la experiencia.

—Sabía que te iba a agradar.

Resulta que ayer mientras volvía a mi hotel pasamos por un pequeño quiosco donde anunciaban varias excursiones en zonas donde se dice que han pasado sucesos paranormales. Declan y yo compramos las entradas de un bus que hace guía nocturna por esas calles y mientras las recorriamos el guía nos contaba anécdotas o leyendas de terror. Visitamos varias criptas donde se habían visto almas en pena vagando por allá, también la ciudad subterránea de *Mary King Close*, situada bajo la *Royal Mile*, eran calles comerciales y hogares hasta que se tapiaron por la peste. Algunas personas dicen que se encerró a las personas con vida para que murieran a causa de la enfermedad y no se dispersara en los demás habitantes. Según cuentan, una pequeña llamada Annie murió por peste y siglos después se sigue lamentando por no tener consigo su muñeca, mucha gente le deja todo tipo de juguetes.

Edimburgo se conoce también por el halo de misterio que le envuelve. Hay muchas historias que me pusieron la piel de gallina y que han pasado realmente en la propia ciudad, como por ejemplo, la del hijo mayor del marqués de Queensberry, el duque James Douglas. Se dice que el chico nació con algún tipo trastorno, un día que el marqués tuvo que marchar a firmar un acta se llevó a toda su comitiva con él dejando al duque en manos de un joven siervo de diez años. Cuando regresaron a casa, se encontraron que James había descuartizado y asado en la hoguera al niño y comenzaba a comérselo porque, según él, tenía hambre y nadie le había preparado la cena. Otra historia relata que una mujer llamada Maggie Dickson tras ser abandonada por su marido buscó una mejor vida en otro pueblo y pronto, se quedó

embarazada. Para no causar un escándalo y perder su trabajo en una posada ésta lo ocultó, ya que, seguía casada. Tras dar a luz sola, el bebé murió y ella intentó arrojar el cadáver al río. Sin embargo, la descubrieron y la llevaron presa a Edimburgo. No se le acusó de adulterio sino de ocultar su embarazo que, por aquél entonces estaba penado con la muerte. La ahorcaron públicamente en *Grassmarket* y después de certificar su muerte, se trasladó el cuerpo al cementerio. Por el camino, del ataúd se empezó a oír gritos y lamentos. Al destaparlo se comprobó que Maggie seguía viva y según las leyes escocesas la muchacha ya se le había aplicado su pena y no podían volver a ahorcarla.

—¡Al fin hemos llegado! —respiro aliviada-, ¡Madre mía qué vistas!

—Mira este es el monumento a Dugald Stewart, fue filósofo escocés y profesor en la universidad de Edimburgo. Está inspirado en un pequeño templo ateniense, el monumento a Lisícrates.

—¡Maravilloso! —exclamo-, ¿nos tomamos una foto? —saco mi cámara.

Ya tengo varias fotos con Declan, y miles de la ciudad. Cuando llegue a casa quiero hacer un álbum de mi viaje. No sé por qué al pensar en eso me siento melancólica, me estoy divirtiendo muchísimo junto a él y se está portando como un caballero conmigo.

Caminamos hasta el Monumento Nacional, la nieve no es espesa, hay una fina capa. Me quedo boquiabierto de lo inmensas que son las columnas pero también del paisaje.

—Es una réplica del Partenón de Atenas —explica Declan-, construida a finales del siglo XIX para homenajear a los soldados caídos durante las Guerras Napoleónicas.

—¿Qué te parece si a la tarde vamos al mercadillo navideño?

5

La comida japonesa siempre me ha chiflado, y en esta época del año un *ramen* calentito sienta muy, pero que muy bien. Declan me ha invitado esta vez, dice que desde que descubrió éste restaurante va a menudo los fines de semana.

—¿Y tienes pareja allá en Madrid? —noto cierta cautela en sus palabras.

—No —suspiro y bebo un poco de agua—, el amor no es para mí...

Entonces, le cuento lo que pasó con Diego y Penélope con detalles. Su cara es de asombro total.

—Uf... para tener compañeras así... —niega con la cabeza.

—Sí, y en realidad me han hecho un favor porque yo no estaba enamorada de él, quizá sólo me atraía físicamente...

—Me sorprende cuan de liberal es la sociedad de hoy en día.

—¿Y tú? —cuestiono con interés—, ¿hay alguien que te ha robado el corazón?

Esboza una amplia sonrisa.

—Wow, eso es que sí.

—Digamos que hay alguien por ahí que me trae loco —se muerde el labio inferior.

¿Por qué siento esto en mi interior? Sus palabras... ¿me han hecho afligirme? el echo de que se haya fijado en otra mujer y no en mi, me duelen un poquito, he de reconocerlo. Realmente, Declan me gusta mucho. Desde que le vi en la pizzería me llamó la atención pero comprendo que es un hombre que no pasa desapercibido por su atractivo escocés y debe tenerlas revolucionadas a todas. Afortunada quien caiga en sus brazos... quizá a veces tiene pensamientos muy tradicionales y es serio en cuanto a costumbres pero día a día le voy conociendo más y si de algo estoy segura es que es un buen chico, sincero, respetuoso, atento. ¡Lo contrario al mujeriego baboso de Diego!

Caminamos por *Meadow park*, está lloviznando y el chubasquero que llevo me va genial, Declan me comentó que traer un paraguas a Edimburgo es tontería ¡con el viento que corre se rompen en un abrir y cerrar de ojos! Y tiene razón.

—Cuando toda la nieve se derrite y viene la primavera, por allá —señala—,

siempre hay ardillas que corretean tras algún fruto.

—Oh, me hubiera encantado verlas.

Nos pasamos toda la tarde descubriendo callecitas y rincones mágicos llenos de luces y vida. Pasamos por el parlamento, por los museos y la biblioteca.

The Dome y sus columnas están decoradas con guirnaldas de colores, en su interior hay un gigantesco árbol extravagantemente adornado. Cerca de la catedral de *Saint Giles* nos paramos a observar un concierto navideño repleto de gente vestida de Santa Claus tocando gaitas. ¡Adoro la melodía de la gaita! Es emocionante y llega hasta el alma.

Hay muchos mercadillos, *George Street* y el *Christmas Market* de los *East Princes St. Gardens* donde estamos ahora mismo nosotros. Es de estilo tradicional alemán, con artesanía y objetos decorativos. Hay puestos de comida típica escocesa, otros con bratwursts, galletas de jengibre...

—¿Qué tal si tomamos algo? —comenta Declan.

—Sí, vayamos allí —señalo.

Nos sentamos en un taburete mientras degusto un suave y caliente chocolate. Declan, como buen escocés saborea un whisky especiado para entrar en calor.

—Se le conoce como *hot toddy*, ¿quieres probarlo? —me ofrece.

—No gracias, no suelo beber alcohol.

—Está muy bueno —sorbe de su baso.

—¿Y con qué lo hacen a parte del licor?

—Lo mezclan con agua, miel, especias y varias hierbas, siempre se sirve caliente —detalla.

—Una vez probé el *mulled wine*, me lo preparó una compañera de trabajo cuando estuvo en Glasgow —explico-, hizo un reportaje durante un tiempo allá y se vino con un par de recetas bajo el brazo.

—¿Y te gustó su sabor?

—Sí, estaba muy dulce y no me desagradó.

—¿Te apetece subir a la noria? —cuestiona-, hay unas vistas fascinantes que no te puedes perder.

—¡Claro!

Para dirigirnos hacia la noria, pasamos por un tióvivo. Observo el gentío, a las personas de mi alrededor se les ve felices y animadas junto a sus hijos o amigos. Charlan, compran, ríen, cantan, se respira el verdadero espíritu navideño por estas calles. Lo mejor que he podido hacer es viajar a

Edimburgo en estas fechas, está siendo algo mágico y que nunca podré olvidar. ¡Ojalá se parase el tiempo y fuera eternamente Navidad!

Hacemos cola para subir a la noria, estoy algo nerviosa y Declan se percata. Me mira, me guiña un ojo y ¡ahora sí que estoy temblando! Me siento como una quinceañera en la primera cita y es que todo está siendo tan romántico... las luces, el ambiente, todo es maravilloso y Declan hace que sea perfecto. Guía su mano hacia mi cintura y trago saliva, un ligero cosquilleo me sube por el esternón.

—Somos los siguientes —me da un pequeño empujón para meternos en la cabina.

Poco a poco, ésta se va elevando. Tengo las manos sudadas, siento algo de impresión.

—Relájate —susurra cerca de mi oído—, disfruta de este momento. Sólo estamos tú y yo.

Le miro a los labios sin querer, tengo unos deseos inmensos de besarle. Desde aquí arriba el paisaje es fascinante, la oscuridad hace rato que ha bañado la ciudad pero los colores vibrantes de cada rincón la alumbraba más que el propio sol. Hay muchas atracciones que se ven desde aquí como las sillas voladoras de *Star Flyer*, el tren de Santa Claus, el laberinto de *Christmas Tree Maze*, el tobogán de *Helter Skelter* pero hay una en especial que me deja boquiabierta.

—¡Tenemos que ir a la pista de patinaje! —exclamo.

Declan se ríe.

—¡Odio patinar, Ada!

—Por favor —junto mis manos a modo de oración—, iremos con cuidado, sólo un par de vueltas.

—Si me miras con esos ojitos pardos llenos de ilusión no puedo negarme.

—Gracias —le abrazo.

Oh, su olor... su olor es intensa y rústica pero a la vez dulce. No me había parado pensar en lo bien que podía sentirme abrazándole, es tan corpulento que me siento protegida cuando me rodean sus brazos.

—Declan.

—¿Sí?

Sin despegarme, fijo la vista en sus ojos y él me acaricia el pelo.

—¿Puedes parar el tiempo?

—Ojalá pudiera controlarlo...

6

Alquilamos nuestros patines y nos vamos directos a la *Edinburgh's Ice Rink* o lo que es lo mismo ¡la gran pista de patinaje sobre hielo! Hay bastante gente, algunos, agarrados a la baranda otros, hacen giros y saltos. ¡Vaya, eso sí que es una pasada! Yo estoy entusiasmada por todo lo que veo, en cambio Declan, algo angustiado.

—¡Me voy a caer de culo! —comenta con guasa al entrar a la pista.

—Ven, dame tu mano —las entrelazamos y me gusta la sensación que nos transmitimos.

Nuestras energías están sincronizadas. A pesar de que él me confesó que se sentía atraído por alguien pienso que también puedo gustarle yo. ¿O es que quizá no se atreve a decirme que soy yo esa persona? ¡Qué egocéntrica eres Ada! Pero sus actos, sus gestos, sus miradas... me hacen creer que soy la afortunada. Sino ¿porqué pasaría tanto tiempo conmigo? ¿Por qué se tomaría la molestia de acompañarme por la ciudad? ¡Cómo me gusta montarme películas!

Nos agarramos de la barandilla y vamos cautos. No soy patinadora profesional ni mucho menos pero de pequeña iba a menudo con mis padres y amigos del colegio. Siempre suelo tardar unos minutos en soltarme, esta vez, seré prudente y no me separaré del pobre de Declan.

—Tienes que deslizar suavemente un pie y luego otro —explico.

—¿Así?

—Sí, lo haces bien —sonrío.

—¡Estoy sudando horrores!

—¡Pero si estamos a casi cero grados! —me carcajeo-, se nota que eres escocés ¿es que nunca tenéis frío o que?

—Claro que sí, no estamos hechos de piedra, mujer —ríe conmigo.

—Estoy acostumbrada al frío de Madrid pero es que estar aquí es como estar en una nevera. ¡Hasta los pájaros van con bufanda!

En ese momento, un niño me empuja y caigo de bruces en el pecho de Declan. Él no se lo espera y me agarra con fuerza de los brazos. Pierde el equilibrio y los dos vamos a parar al gélido suelo. Nos miramos aguantándonos las ganas de reír pero no podemos más y segundos después nos tronchamos hasta que nos duele la barriga. Me ayuda a levantarme y cuando

estamos frente a frente me coge de la mejilla y me obliga a mirarle. ¡Dios mío sus ojos son tan divinos! Transmiten tanto... Acerca su rostro al mío para juntar nuestros labios. Es un beso cálido en esta noche tan fría. Entrelazamos las bocas al compás de la melodía que suena de fondo, entre cascabeles y gaitas, ignorando a cada persona que pasa a nuestro lado, dejando a un lado los murmullos de la muchedumbre. Todo desaparece, sólo existe Declan y yo. Me estremezco de la excitación. Su lengua me invita a que juegue con ella, a explorar un territorio nuevo. Me incita a que me quede perpetua en su acogedor hábitat. ¿Cómo es posible que me haga sentir esto con sólo un beso?

—Lo siento pero, tenía ganas de hacerlo... -toca la punta de su nariz con la mía-, no podía resistirme más.

—Eres mágico.

Nos abrazamos.

Caminamos dirección al hotel, me apetece descansar después del día tan agotador que hemos pasado.

—Quizá mañana podríamos visitar el castillo de Edimburgo de una vez —comento.

—Mañana no puedo, debo encargarme de ciertos asuntos...

—Uh, bueno pues pasado mañana.

—Ada, no hay mucha cosa que ver allá...

—¿Qué? —me paro en seco-. ¿Cómo que no?

—Sólo hay exposiciones de guerra y mazmorras...

—Claro que no, hay muchas cosas que ver como por ejemplo las joyas de la corona, los cañones o las estatuas en honor a Robert de Bruce y William Wallace.

—Lo siento pero yo no puedo acompañarte.

—¿Por qué no Declan? —pregunto desconcertada.

—Ya te he dicho que tengo algo importante que hacer.

Se que miente, no me mira directamente a los ojos y no entiendo qué motivo tiene para hacerlo.

—No te creo —me cruzo de brazos-, hasta ahora hemos ido juntos a todos los sitios de interés, tengo que ir también al castillo.

—No puedo acompañarte, lo siento...

—Está bien, iré sola pues... -alego marchándome sola.

—Ada...

7

Me he abrigado muy bien, con una chaqueta larga forrada de pelo sintético de borrego, en tonos vainilla, y con guantes beige con bufanda a juego. El día ha amanecido bastante nublado, creo que caerá una buena tormenta pero eso no me va a impedir que visite el castillo de Edimburgo. Debo decir que me hubiera gustado que Declan me acompañara pero no sé por qué extraña razón se negaba a venir. El lugar es muy extenso, ya para comenzar me ha sorprendido gratamente la extensa explanada pavimentada que hay en la entrada. Leí que desde 1950, cada agosto se celebra un festival con gran repercusión mediática llamado *Royal Military Tattoo*. Los espectadores se sientan en las gradas situadas en las esquinas donde contemplan el gran desfile de grupos militares junto con pirotécnica, bailes, música, teatro.

En la puerta de la fortaleza, se encuentra el lema de Escocia sobre un fondo azul; *Nemo me impune lacessit* que significa *Nadie me ofende impunemente*. ¿Suena implacable, cierto? Y arriba de éste el Estandarte Real de Escocia.

Por cierto, ¿sabíais que el unicornio es el animal nacional? Y es que para los celtas era símbolo de pureza e ingenuidad pero a la vez de valor. Todos conocemos la enemistad entre el pueblo escocés y el inglés, y los primeros adoptaron al unicornio por la representación de ferocidad y audacia, ya que, según sus leyendas era mucho más poderoso que el león figurado en los escudos ingleses.

Pienso en ello mientras espero en la cola pacientemente y en varios minutos, llega mi turno. Compro los tickets y entro en el interior, al fin.

El castillo de Edimburgo está perfectamente situado de manera estratégica. Utilizado para fines militares y proteger el territorio. Es majestuoso, se alza sobre una montaña volcánica para juntarse con el cielo. Las rocas están manchadas con nieve lo que me parece más bello aún. En la *Royal Mile* compré varias postales y una de ellas era de la fortaleza en verano, plagada de matices verdes y resplandeciente a la luz del sol. No sé qué imagen me gusta más, sólo se que siento algo alucinante e indescriptible al pisar sus adoquines, quiero perderme con toda la historia que lo envuelve.

Me dirijo a los cañones, cada día a la una en punto se puede oír como

disparan uno de ellos, en un principio, se hacía para que la gente sincronizara sus relojes y hoy en día ya se ha quedado como una tradición. ¡Wow! Las vistas son increíbles... hago fotos de todo lo que observo, se ve la ciudad completa desde varios puntos y también el mar.

Conozco una vieja historia sobre este lugar, dicen que los vigilantes, hace ya mucho tiempo excavaron túneles subterráneos para conectar el castillo a distintos lugares de la ciudad. Mandaron a un gaitero explorar dichos pasadizos para averiguar a donde conducían, mientras tocaba la gaita. De repente un día, dejaron de escuchar su melodía y por más que buscaran al buen hombre, jamás le volvieron a ver. Hay muchos visitantes que afirman haber oído tal sonido, lamentos o similares, de su alma aprisionada bajo la fría fortaleza.

Seguidamente, visito la capilla de Santa Margarita y más tarde El Palacio Real. Antiguo y con belleza deslumbrante a la vez, tengo la suerte de contemplar la exposición de los distintos reyes, su historia y las joyas de la Corona. Por último, voy en dirección al museo nacional de la guerra. Hay una pequeña tiendecita de *souvenirs* y me llama la atención un libro diminuto con todos los clanes escoceses, detallando su lema, una breve historia de éste y el color de su tartán. ¡Me parece súper original y lo compro sin dudarlo ni un segundo! Subo por las escaleras y me adentro al museo, hay miles de objetos como armaduras, escudos, espadas, trajes militares de siglos pasados, cuadros, cartas de soldados a sus familiares, lo cual me entristece, secciones dedicadas a la segunda guerra mundial... Sigo subiendo y a la derecha hay una habitación donde pone; medallas a los mejores soldados. Me da un ligero mareo, del calor que hace aquí pero sobretodo de ver un rostro muy parecido al de Declan detrás de una vitrina de vidrio, pintado en un cuadro. Me tambaleo. Se le ve más joven y... ¿feliz? ¿Realmente es él? ¿Cómo es posible?

—¿Señorita, se encuentra bien? —pregunta una señora de mantenimiento-, está pálida.

—Sí, sí... no se preocupe —me siento en un *puff* de cuero.

No puedo dejar de mirar hacia esa imagen. Diría que es un retrato familiar porque está junto a otro señor al que es pasado, empuña una arma en mano, una especie de mosquetón. Ambos visten de militares con espadas en el costado. A su lado están sentadas cuatro mujeres y a los pies de ellas varios perros sabuesos. Me acerco de nuevo a la imagen, leo cada uno de sus nombres para mis adentros y entre ellos sale Declan, además de una breve dedicatoria; (1743 d.C.) En honor a la familia MacKintosh que en paz

descanse.

—No puede ser... -murmuro.

Estoy desconcertada ¿qué se supone que he vivido estos días? ¿quién eres Declan? ¿acaso es un fantasma? Me vibra el móvil y recibo un mensaje justamente de él.

Hola Ada, siento mucho lo que pasó anoche ¿crees que podemos vernos?

Sí, claro.

¿Te espero en Holyrood park a las doce?

Allí estaré.

8

Veo a Declan a lo lejos, sentado, pensativo y mirando a la nada. Decido ser algo pícaro con él para animarle un poco y sin que me vea. Hago una bola de nieve y se la lanzo a la espalda. Se espanta al instante y se gira con el cejo fruncido. ¡Está monísimo!

—No me lo esperaba —esboza una sonrisa.

—Eso te pasa por estar en la luna de Valencia.

—¿Cómo?

—Es una expresión española.

—¿Y qué significa?

—Pues, básicamente; estar distraído.

—Oh, ya lo entiendo —asiente—. Pero, no me refería a eso.

—¿A qué te referías?

—Creí que no ibas a contestar mi mensaje, ni que aceptaras venir hasta aquí.

—Mira, si te soy sincera a medio camino he estado a punto de volverme ¿eh? —digo con guasa—, esto está algo retirado y tengo unos calambres en las piernas de tanto andar...

—¿Has ido al castillo, cierto? —pregunta súbitamente.

—Em, no... al final no he ido —titubeo.

—No mientas, en el bolsillo de tu chaqueta sobresale la guía.

La cojo apresurada y la guardo más al fondo, arrugándola ¡qué despistada, me he dejado cazar!

—Vale, sí he ido —suspiro—, pero tú tenías razón ha sido tan aburrido... he hecho una visita muy rapidita y...

—Ada, para —dice serio.

Me callo al instante.

—Si te he citado aquí es porque no quiero que haya secretos entre tú y yo. Estoy preparado para explicarte quien soy y de donde vengo, aunque eso conlleve a perderte.

—Oh... —me ruborizo y aparto la vista.

Se hace de nuevo el silencio. Caminamos pocos pasos y nos sentamos en una pequeña colina.

—He estado en el museo de guerra —revelo.

—Me lo imaginaba.

—Casi me desmayo cuando te vi junto a tu familia.

—Ese cuadro se pintó dos años antes de que a mi padre, Dougal MacKintosh le asesinaran.

—¿Qué?!

—Vivíamos allá ¿sabes?

—¿En el castillo de Edimburgo?

—Sí, padre era comandante, yo militar. En 1745 Carlos Estuardo levantó un ejército compuesto por hombres de las *Highlands*, tomaron todo Edimburgo.

—Dios Santo... uno de los levantamientos jacobitas.

—Los ingleses nos alcanzaron y le mataron cortándole el cuello, yo estuve presente.

—Es terrible...

—Las mujeres que viste eran mi madre Elspeth, y mis tres hermanas menores; Alison, Kylie y Sienna.

—¿Tú también moriste?

—¿Crees que soy un fantasma?! —abre los ojos sorprendido.

—Bueno... yo... no sé que pensar...

—¡Por supuesto que no! Soy de carne y hueso... Mira, maté a un muchacho delante de su propia familia, eran de origen escocés pero iban con la Corona inglesa. Lo hice en defensa propia.

—¿Y qué pasó?

—Su madre debía descender de los druidas celtas más antiguos y poderosos, recuerdo bien que llevaba un collar con una espiral, esos símbolos los usaban únicamente las brujas. Comenzó a hablar en una lengua prohibida que no entendía, y a los pocos segundos se abalanzó sobre mí y dijo; *yo te maldigo hombre de satán, mataste al ser más puro que tiene una mujer, que es su hijo, tu castigo será estar lejos de tus seres queridos. Así como tú me arrebataste parte de mi vida yo te arrebato la tuya. Diez años de penumbra esa es tu condena...* Y aparecí tirado en mitad de un callejón un otoño, semidesnudo. Casi enloquezco por todo lo que me encontré en el siglo XXI.

—Cielos... —me da un tremendo escalofrío—, creí que esos cuentos de brujas no existían.

—Ya ves que sí, si no yo no estaría aquí.

—¿Entonces cuantos años llevas aquí?

—El día de Navidad hará diez.

—No sé cómo digerir todo esto pero yo te creo, Declan —le cojo la mano.

—Ada... -me abraza-, no sabía si tú...

—Lo que me pasa contigo no me ha sucedido con nadie más. Es mirarte y sentir tanto afecto... me has demostrado que puedo confiar en ti, no puedo dudar de tus palabras ahora por muy loco que suene todo.

—Te lo agradezco... y ojalá me hubiera topado contigo mucho antes, todo hubiera sido distinto.

—Me imagino que nadie sabe esto.

—Así es, tú eres la primera.

Nos sonreímos.

—¿Paseemos y me cuentas más? —me levanto.

—Claro.

9

Declan me relata con ojos de emoción cómo era su vida de tranquila en Edimburgo del siglo XVIII, al parecer salía a cazar muchas veces junto a su padre y los hombres de éste. También sonrío al describirme a sus hermanas, coquetas y refinadas. Se le derraman varias lágrimas al recordar a su bondadosa madre. Era un muchacho muy joven cuando le alejaron de su familia, tan sólo tenía veinte años y siento pena por él. Tuvo que ser muy duro toparse de frente con este siglo que nada tiene que ver con el suyo. Ahora comprendo porque no podía pisar el castillo, le traería miles de recuerdos.

—¿No nos estamos alejando demasiado? está comenzando a nevar fuerte —alerto.

—Mierda, tienes razón —espeta-, estaba tan distraído contándote mis anécdotas que no me he percatado de ello.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunto mirando a mi alrededor-, sólo se ve niebla.

—Vamos a cobijarnos allá —señala.

Nos adentramos en una pequeña cueva lo suficiente honda como para resguardarnos del temporal de frío que se avecina.

—¿Te apetecen unos sándwiches de pollo? —pregunto mientras rebusco en mi mochila-, los he comprado en el *super* al venir hacia aquí.

—Oh, es perfecto, me muero de hambre —responde.

—Quiero saber qué has hecho estos años, ¿cómo te adaptaste a tu nueva vida?

—Decidí estudiar, era la única manera de comprender el mundo en el que estaba viviendo. La sociedad, la vida en general era tan distinta... Los primeros años sufrí ansiedades y apenas podía pisar las calles. Veía a los coches como monstruos, por no hablar de los aviones. Las ropas de las personas, las comodidades de las casas, los objetos tecnológicos... en fin, todo me parecía obra del demonio —ríe-, poco a poco, me fui acostumbrando y gracias a los libros pude comprender que habíamos “evolucionado”.

—¿Y qué supiste de tu familia en este siglo? —le doy un bocado a mi sándwich.

—La peor cosa que podía saber... —sorbe un refresco-, encontré

información en la biblioteca, a mamá la ahorcaron y a mis hermanas las ultrajaron como a prostitutas.

—Oh... cuánto lo lamento...

—No sé qué pasará cuando haga justo diez años que partí.

—Me imagino que te gustaría regresar, verles de nuevo...

—Muchas noches he pensado en ello, deseé haberme muerto yo también. Si volviera... -suspira-, no sé cómo reaccionaría.

¿Por qué siento esto cada vez que me imagino sin Declan? Apenas nos estamos conociendo pero noto que se ha ido ganando un hueco en mi corazón. Me siento afligida y melancólica por algo que aún no ha pasado ¿cómo es posible? ¿cómo es posible extrañarle antes de que se haya ido?

10

Supuse que guardaría un beso, sólo uno pero... fueron varios más. Declan me besó cerca de Arthur's Seat, al pie de aquella montaña nevada. Sin yo esperármelo. Me tumbó o, tal vez me dejó caer en la espesa capa de hielo. No sentía frío pues con su calidez me atemperaba el cuerpo y lo encendía así como, una llama arde sin control.

Me miro al espejo y, mientras me aliso la falda del vestido rojo de terciopelo que llevo puesto muchos pensamientos vienen a mi mente ¿le gustaré? ¿pensará que estoy guapa? Retiro un mechón de pelo tras mi oreja ¿me atreveré a confesarle esta noche que me he enamorado de él? Quiero hacerlo, a lo mejor esta noche es la última... ¿en qué momento pasó? Sonrío tímida al ver mis mejillas cambiar a un tono rosado. ¿Quizá cuando subimos a la noria? ¿cuándo fuimos por la *Royal Mile*? O... ¿en cuanto le vi? Sí... quizá es esto lo que llaman amor a primera vista, unos creen en él y otros no y yo sólo creo en que jamás me imaginé que me pasaría a mí.

Suena mi móvil y me entra un mensaje;

Estoy abajo :P

Dame dos minutos □

El hotel donde me hospedo celebra una gran cena de Nochebuena y decidí invitar a Declan quien aceptó encantado mi propuesta. Bajo las escaleras con cuidado de no torcerme un pie con estos tacones de aguja, me siento sexy, he dejado atrás la melancolía y me he propuesto disfrutar de la noche. Como dicen algunos *¡Carpe Diem!* Está parado, de espaldas, enfrente de mí. Me paro en seco en los escalones y creo que mi tensión se ha disparado ¡Santo Cielo! Pero si parece un Dios del Olimpo, lleva un traje con un patrón de cuadros escoceses en tono gris marengo. Me aclaro la voz y él se gira. Nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos, escondo lo impresionada que estoy ante su presencia y se me sale una sonrisa completa al notar que le he dejado perplejo y sin palabras. ¡He acertado con el modelito! Declan me observa de arriba abajo embobado y dice;

—Eres una mujer fascinante.

—Muchas gracias.

—Pero hoy en concreto te ves realmente preciosa —me agarra la mano y la besa con galantería.

—¿Besabas a muchas jovencitas de este modo? —pregunto pícaro-, seguro que eras un adulator nato.

Sonríe.

—Jamás tomaba a enserio a ninguna, nunca me comprometí.

—O sea, que eras un don Juan ¿eh?

—¡¿Un qué?!

Me carcajeo al ver su expresión.

—Un don Juan es un hombre que tiende a seducir a la mujer, engañarla para su propia satisfacción y una vez le ha sacado lo que quería abandonarla.

—¡Cielos, no! —exclama-, no me atrevería a deshonrar así a ninguna dama.

—Venga —me agarro de su brazo-, vayamos a cenar.

Al entrar al salón nos recibe un camarero bien uniformado y nos lleva hacia nuestra mesa. Hoy hay un menú especial, ojeo las cartas y escucho cómo me rugen las tripas.

—Todo parece delicioso —murmura Declan.

—Ni que lo digas... -asiento sin quitarle ojo al papel.

—Señores ¿para beber qué les viene de gusto? —cuestiona el camarero.

—Lo que la señorita diga estará bien —me mira.

—Em pues... -titubeo-, el vino de la casa.

—En seguida.

—¿Vino? —frunce el cejo-, ¿no decías que no solías beber alcohol?

—Es una ocasión especial...

—Muy especial —me acaricia la mano que tengo apoyada en la mesa.

Su roce me ha provocado un subidón inmenso de adrenalina por el esternón. Nos sirven el vino y Declan retira su mano. Al instante otro ayudante, comienza a traer los entrantes; una sopa llamada *Cook-a-leekie soup*, está echa de caldo de pollo con verduras y ciruelas. Seguidamente, degustamos un salmón ahumado con una rica salsa.

Los platos son pequeños pero toda una exquisitez. Ahora viene el plato fuerte, éste es más abundante. Un rico y jugoso pavo asado con patatas al horno y verduras.

—¿Y la nochevieja cómo se celebra en Escocia? —pregunto sorbiendo el vino, está buenísimo, afrutado y fresco.

—Aquí el fin de año se le llama *Hogmanay* —expone-, el treinta de

diciembre se desfila con antorchas, es de inspiración vikinga.

—¿De veras? No lo sabía.

—Sí, el treinta y uno mucha gente se reúne en las calles y festejan. Hay fuegos artificiales, que mucha gente ve desde *Calton Hill*, conciertos en *Princes Street*, allá se puede ver como grupos de personas bailan una antigua danza tradicional del pueblo gaélico llamada *Ceilidh*. Y el uno de enero se hace el *Loony Dook*.

—Oh eso sí que lo conozco, os metéis en las gélidas aguas del *Firth of Forth*.

—Sólo lo he hecho una vez en mi vida.

—Yo no sé si me atrevería —reímos juntos.

—Ha sido algo duro el haber pasado estas fechas solo.

Me cambia el semblante, y me pongo serio.

—No pienses en el ayer, piensa sólo en hoy —esta vez le cojo yo la mano y la agarro con fuerza.

Asiente.

Nos acabamos un surtido variado de postres, caseros y muy dulces. Pudding con frutos secos y canela, el famoso *cranachan* que es una pequeña copa con crema batida, whisky, miel, frambuesas y avena espolvoreada por encima. Pagamos por partes iguales, después de discutir cinco minutos he convencido a Declan para que no lo haga él y lo que me ha costado, es muy tozudo.

—Tengo algo para ti —dice cuando salimos de la sala del restaurante.

Me entrega una pequeña caja envuelta por papel brillante azulado.

—Espero que te guste —me pellizca una mejilla, con cariño.

—No hacía falta...

Lo desenvuelvo y me emociono al abrir la cajita de madera.

—Oh, Declan... -trago saliva.

—Sólo quería que te llevaras a España un recuerdo de mi.

Enternecida, acaricio con las yemas de mis dedos el brillante broche plateado del clan MacKintosh. Lleva grabado su lema; *Touch not the cat bot a glove*

—¿Qué quiere decir?

—Algo así como no toques al gato sin guante.

—No solo tengo esto —señalo el broche-, sino muchos más momentos, los cuales te prometo que nunca voy a olvidar.

—Juro que yo tampoco.

—Yo también te he comprado un presente.

—¿Sí?

—Ajá... pero está en mi habitación —miro hacia las escaleras—, ¿quisieras acompañarme?

Silencio. Mi corazón late a mil por hora al mantenernos las miradas. La sangre me hierve al ver cómo se humedece el labio inferior. ¿Será por el alcohol en mis venas? ¿Será por todo él? Quiero que sea un sí rotundo la respuesta que está por venir.

—Sí, por supuesto —me agarra de la cintura.

Subimos los escalones enmoquetados. Llegamos a la puerta, la abro con la tarjeta. Creo que los dos estamos temblando, que queremos que pase lo inevitable, lo prohibido.

Rebusco entre mis pertenencias y saco su regalo para entregárselo.

—No he podido envolverlo —se me hace un nudo en la garganta—, pero lo he metido en ese sobre.

—No importa, es perfecto sólo si viene de ti.

Sonrío y no puedo evitar derramar una lágrima, me giro y me asomo a la ventana retirando el cortinaje. No quiero que me vea llorar. ¿Por qué seré tan sensiblera?

—Ada...

—¿Sí? —me limpio la cara rápidamente.

—Muchas gracias por esto yo... no tengo palabras.

—Yo también quería que me recordaras, tengo muchas fotografías junto a ti pero tú no tienes ninguna mía —le miro.

—La conservaré toda mi vida —se la lleva al pecho.

—Eso espero, que ahí salgo muy guapa —hago un esfuerzo por no derrumbarme—, tenía veintitrés años y recién me gradué.

—Tú siempre estás hermosa, pongas lo que te pongas.

—Uí si... tendrías que verme por las mañanas cuando me levanto... parezco un oso cuando recién despierta de invernar.

—Pues permíteme verlo —acaricia mi brazo con sus dedos.

La tensión, la química, se palpa entre nosotros. Su roce ha encendido un fuego inmenso en mi. En un arrebato, nos besamos. Declan me coge de la nuca y me devora con vehemencia. Pierdo el sentido, desaparezco entre sus brazos y me dejo llevar. Nos desnudamos lentamente el uno al otro, primero, se deshace de su americana y de la corbata mientras yo le desabotono la camisa. Me falta el aire ¿puede tener mejor físico? Su pecho al aire es terso, sus

brazos fuertes y anchos. Me gusta el vello pelirrojo que tiene. Me gira para desabrochar la cremallera de mi vestido, y lame mi cuello sensualmente. La ropa cae al suelo y la aparto hacia un lado con mis pies. Le acaricio el erecto bulto de su entrepierna, da un respingo, le quito el cinturón y él continua con sus pantalones. Me desabrocho el sujetador y dejo mis pechos que sean rodeados por sus manos. Los aprieta, los junta y toca mis pezones como si le pertenecieran. Me siento en la cama, Declan se arrodilla y con sus manos va bajando las medias y mi ropa interior, despacio. Besa la cara interna de mis muslos y yo me abro más para enseñarle mi intimidad, para que sepa que también quiero ser besada ahí. Acepta mi juego y lame mi sexo descontroladamente, descanso sobre la cama gimiendo de gozo al sentir las vibraciones de su lengua. Para nada estoy cohibida, quiero hacer el amor con él, aunque sólo sea esta noche. Quiero darlo todo de mí y que Declan me de todo de él. Un estremecimiento se apodera de mi cuerpo y noto cómo mi deseo va en aumento. Se clava en mis adentros paulatinamente tras ponerse un preservativo, jadeo de placer cuando se desliza por completo. Me aferro a su espalda y bajo hasta sus glúteos al sentir su vaivén.

—Ojalá se parase el tiempo ahora mismo —susurra a mi oído—, aquí dentro es donde quiero estar.

—Oh... Dios...

Nos besamos con pasión. Es suave, delicado pero a la vez fogoso e impulsivo.

—Espérame —me muerde el labio.

Asiento con dificultad.

No pasa mucho rato, hasta que presiento algo que quiero evitar a toda costa, me inunda un intenso orgasmo y casi al instante Declan suelta varios rugidos de su garganta. Él también se ha quedado satisfecho y se tumba al lado derecho de la cama. Ambos estamos con las respiraciones agitadas.

—Ven, acércate.

Me incorporo en su pecho y cierro los ojos, dejo que me acaricie el cabello. Todo mi cuerpo se relaja y me siento mejor que nunca. Ha sido algo sensacional, increíble.

—Hacía mucho tiempo que no sentía algo tan fuerte por una mujer —dice en voz baja.

—¿Cuánto es mucho tiempo?

—¿Diez años?

Me carcajeo.

—No es cierto.

—¿Me creíste cuando te conté qué demonios hacía aquí y esto no?

—Pues yo te diré que nunca he estado con alguien tan ardiente.

—Eso es porque soy un hombre como los de antes —me guiña el ojo.

Se oyen campanas a lo lejos, tocarán doce veces para dar paso al día de Navidad. Entre sonido y sonido miro a Declan, está desapareciendo, como borrándose.

—¿Declan? —le toco pero le traspaso cual espíritu-, No te vayas... —lloro-, no...

—Ada... -se mira las manos incrédulo-, Ada, jamás te olvidare...

—Tienes que saber que yo...

—Me he enamorado de ti —decimos a la vez.

Ya no está, se ha marchado al lugar donde pertenece. Me quedo sola en la habitación y me echo a llorar más fuerte, aferrada en la almohada. Sollozo y siento como mi corazón se ha dividido en dos siglos distintos. Declan ya no existe en mi tiempo lineal, me cuesta aceptarlo. Él ha despertado en mí cosas maravillosas que debo arrancarme del pecho pero ¿cómo? Me acurruco en la cama como un bebé en el vientre de su madre, me siento desprotegida, sola. Me inunda el olor de su cuerpo que aún está esparcido sobre las sábanas, aún están calientes de nuestra pasión. Me quedaré con todos los momentos que hemos vivido y con esas palabras... *me he enamorado de ti.*

11

Anoche me quedé dormida junto a la soledad y a la tristeza. Me he despertado con el rostro mojado y a mi cabeza han venido imágenes y recuerdos de él. Hoy, debo partir hacia Madrid, el vuelo saldrá a la tarde y tengo que recoger bien todas mis pertenencias. Aunque también, me llevaré miles de sensaciones de Edimburgo. Me llevaré su historia y sus voces del pasado, su encanto y sus rincones más bellos, las leyendas que envuelven a la mágica Escocia y la hospitalidad de sus gentes. Suena el móvil y mi corazón da un vuelco al ver que es un número extraño ¿será Declan?

—¿Declan? —respondo apresurada.

—¿Quién es ese? —dice la voz de Diego.

—¿Otra vez tú? —alego-, ¿qué parte de déjame en paz no entiendes?

—Ada, por favor, perdóname... estoy muy arrepentido y he despedido a Pe. Voy a ir a recogerte esta noche al aeropuerto para que veas cuánto te sigo amando.

—He despedido a Pe —le imito en tono de burla-, ¿y a mi qué me importa? No quiero verte ni en pintura ¡¡Nunca, escúchame bien, nunca te voy a perdonar lo que me hiciste pedazo de capullo!! —grito, apago el móvil y lo tiro encima de la cama.

Después de haber pasado una sola noche con Declan, después de que me hiciera el amor como sólo un escocés puede hacértelo ¿cómo me voy a fijar en otro hombre?

Suelto un bufido y cojo la almohada para ponérmela sobre la cara. Decidido. ¡Me quedaré soltera y rodeada de gatos!

Me siento en un rincón del aeropuerto enfadada con la vida y no sólo porque dejo atrás a Declan y tengo que centrarme en la rutina que me espera; encontrar un nuevo trabajo, seguir aguantando a mi ex, pensar en pagar las facturas, etc... No solamente es eso, veréis, llegué aquí sobre las cinco de la tarde echa un manojo de nervios. Resulta que el bus que te deja enfrente del aeropuerto ha tardado como hora y media en llegar. Venga a pararse, venga a dar vueltas, venga a recoger a más gente... ¡parecíamos sardinas en lata! A mi me gusta estar antes de tiempo en los sitios y claro, me he puesto nerviosísima,

ya que, el avión sale a las siete. Ya me veis pasando los controles a toda prisa, pero eso es lo más suave. Me han tocado lo que no tengo los de seguridad. Me ha sonado el detector de metales no sé por qué razón, hasta ahí bien, puedo aceptarlo. Pero unos tíos me han abierto el equipaje porque según ellos tenía demasiados botes de jabón sueltos y eso no estaba permitido, ¡qué rabia e impotencia he sentido cuando les he visto fisgonear entre mi ropa! ¡No hay derecho ni que fuera una ladrona!

Queda poco para embarcar cuando veo que mi vuelo se retrasa una hora por motivos técnicos ¡lo que me faltaba! Decido comprar algo para picar en el *super* y dar vueltas por el *duty free*. Nos avisan por megafonía que el vuelo ya está previsto que salga en pocos minutos y me dirijo a la nueva puerta de embarque. Espero en la cola con mi equipaje de mano y junto a los demás pasajeros, que tienen cara de cansados al igual que yo.

Me quedan cinco turnos para entregar mi DNI y el billete cuando de pronto oigo a alguien gritar mi nombre.

—¡Ada!

¿He escuchado bien?

—¡Ada, aquí!

¡No puedes ser, es su voz! Abro los ojos sorprendida y le busco entre la muchedumbre. Creí que no le volvería a ver nunca más y ahí está, saltando por cordones de seguridad y viniendo hacia mi, emocionado.

—¡Declan! —nos abrazamos-, ¿qué haces aquí? —digo incrédula.

—Es una larga historia —sonríe.

—¿Pero c-cómo? ¿cómo has vuelto? ¿por qué?

—No podía renunciar a ti, Ada. Desde que puse un pie en este siglo —dice en voz baja-, me he martirizado preguntándome el por qué. Ahora lo sé, creí que sólo era una maldición pero no, ha valido la pena pasar diez años de condena sólo porque tú apareciste en mi vida y si me hacen escoger, sin duda, los volvería a sufrir si al final siempre estás tú.

—Oh qué preciosidad... -dice una mujer mayor detrás de mi.

—Declan, no sé que decir —acaricio su mejilla-, ¿y qué pasa con tu familia?

—Aún no tengo la certeza pero, tengo la fe en que están bien. Dime de una vez, ¿quisieras quedarte en Edimburgo conmigo?

—Claro que sí.

Nos fundimos en un beso apasionado y la gente nos aplaude alrededor. ¡Por Dios qué vergüenza! Nos carcajamos y nos vamos juntos de la mano hacia lo que será mi nuevo hogar.

Epílogo

—Mamá, hay un cambio de planes —digo una vez hemos llegado al apartamento de Declan.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—¡Que me quedo en Edimburgo! —exclamo-, ¡me he enamorado, mamá!

—¿¡Quééé!?

—¿Qué pasa Manuela? —oigo la voz de papá a lo lejos y me aguanto las ganas de reír.

—Ay Paco, la niña, que dice que se queda allí que se ha enamorado ¡ay que me da algo!

—¡Dame ese teléfono que hablo yo con ella! ¿Hija?

—Papá —contesto-, os he oído, dile a mamá que es muy dramática. Iré a visitaros en cuanto pueda pero es mi vida y yo...

—Hija mía —me corta con voz serena-, feliz Navidad y que seas muy dichosa. De tu madre ya me encargo yo —agrega en voz baja.

—¿¡Cómo?! —grita mamá.

Me río.

—Gracias papá, feliz Navidad a vosotros también, os quiero.

—Y nosotros a ti, Ada, y nosotros a ti...

Cuelgo.

—¿Qué tal se lo han tomado? —pregunta Declan desde el sofá.

—Uh... bueno mi padre mejor que mi madre pero ya se le pasará —me río-, ahora tú y yo tenemos que charlar de muchas cosas —me siento junto a él y *Honey* se pone encima mío-, le he caído muy bien a tu gata.

—Eso parece —sonríe-, ¿y qué quieres saber?

—Todo. Absolutamente todo —le cojo una cucharada de helado de chocolate.

—Está bien —suspira-, llegué a 1745, justo el mismo día en que me fui.

—¿Y viste a tus padres?

—Sí, fui hasta el castillo y allá estaban, almorzando en el comedor con mis hermanas. Les abracé y les dije cuánto les había extrañado. Me tomaron por perturbado —ríe-, entonces le di el aviso a mi padre en privado, le expliqué que sabía los planes que tenía Carlos para Edimburgo. Al principio padre se

mantuvo firme, un militar debe luchar hasta la muerte nunca rendirse pero le convencí para que se largaran antes del levantamiento puesto que iban a acabar todos asesinados.

—¿Y consiguieron salvarse?

—Eso no lo sé.

—¿Cómo se te ocurrió volver?

—Fui en busca de la druida y la encontré. Le dije que maté a su hijo hace diez años y que ya había cumplido el castigo que me había mandado, entonces, le advertí que allá corrían peligro y que a cambio, quería que ella me hechizara de nuevo para mandarme a este siglo junto a la mujer que yo quiero.

—Declan... -murmuro-. Va, no me engañes te has quedado por los baños calientes y la electricidad.

—No te voy a negar que he conseguido adaptarme a esta vida, pero he regresado porque de nada tiene sentido estar allá sin ti.

—Me entristeció mucho tu partida, eres el hombre que yo buscaba y no quiero alejarme de ti... —le abrazo.

—No lo haré, preciosa —besa mi cabeza.

—¿Cómo sabremos si tu familia consiguió huir de Edimburgo?

—No lo sé, quizá haya algún escrito o documento en la biblioteca.

Me quedo pensativa.

—¡Ya lo tengo! —exclamo-, ya sé a donde podemos ir.

Corremos apresurados, con el corazón en un puño. Declan se queda fascinado y helado a la vez, un escalofrío le envuelve el cuerpo al presenciar lo poco que ha cambiado su hogar en varios siglos.

—¡Aquí está! —señalo la vitrina.

—El cuadro que nos pintaron —murmura con melancolía-, sigue prácticamente igual.

—Fíjate en la descripción.

—(1743 d.C.) En honor a la familia Mackintosh, lucharon contra los ingleses y lograron emigrar hacia tierras del norte.

—¡Eso quiere decir que se salvaron, Declan, gracias a ti!

—Sí... -me abraza emocionado-, aunque en mi presente no estén, me queda el consuelo que en ese siglo si que viven.

—Claro que sí.

Salimos al exterior y nos quedamos observando la ciudad. Respiro hondo y sale de mi garganta un vaho caliente.

—Bueno, ahora ya he visto todo Edimburgo como tanto deseaba —digo.

—¿Qué quieres decir con eso? —me mira de reojo.

—¡Pues que me encanta Escocia! —exclamo saltando en sus brazos-, y sólo he visto una pequeñísima parte.

Le rodeo el cuello y él a mi la cintura.

—Mmm creo que ya sé por donde vas y déjame decirte que no tengo más vacaciones hasta verano.

—¡Pues tendré que esperar hasta verano para conocer las *Highlands*!

Nos echamos a reír.